





EL FACTOR SCARPETTA



EL FACTOR SCARPETTA

Patricia Cornwell

Traducción de Magdalena Palmer



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito • Santiago de Chile

Título original: *The Scarpetta Factor*
Traducción: Magdalena Palmer
1.ª edición: enero 2011

© 2008 by Cornwell Enterprises, Inc.
© Ediciones B, S. A., 2011
Consell de Cent 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Printed in Spain
ISBN: 978-84-666-4650-5
Depósito legal: B. 40.958-2010

Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L.U.
Ctra. BV 2249 Km 7,4 Polígono Torrentfondo
08791 - Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Michael Rudell:
Abogado, amigo y hombre renacentista*

Y, como siempre, para Staci



A los vivos se les debe respeto.
A los muertos, sólo la verdad.

VOLTAIRE, 1785



Un viento gélido procedente del East River agitaba el abrigo de la doctora Kay Scarpetta, que andaba a paso rápido por la calle Treinta.

Faltaba una semana para Navidad y nada indicaba la proximidad de las fiestas en lo que ella consideraba el Triángulo Trágico de Manhattan, tres vértices conectados por la desdicha y la muerte. A su espalda estaba el Memorial Park, una voluminosa carpa blanca que albergaba los restos humanos de la Zona Cero que, envasados al vacío, seguían sin identificar o sin reclamar. Ante ella, a la izquierda, se alzaba el rojo edificio neogótico del hospital psiquiátrico Bellevue, ahora un centro de acogida de indigentes. Al otro lado estaba la zona de carga y descarga de la Oficina del jefe de Medicina Forense, donde una puerta de acero gris permanecía abierta. Un camión retrocedía, se descargaban más palés. Había sido un día bullicioso en el depósito de cadáveres, un martilleo constante en los pasillos que difundían el sonido como un anfiteatro. Los técnicos del depósito estaban ocupados montando ataúdes sencillos de pino, tamaño adulto, tamaño niño, apenas capaces de seguir el ritmo de la creciente demanda de entierros urbanos en el cementerio para pobres. Cosas de la economía. Todo lo era.

Scarpetta ya renegaba de la hamburguesa con queso y las patatas que llevaba en la caja de cartón. ¿Cuánto tiempo habrían pasado expuestas en la cafetería de la Facultad de Medicina de

la Universidad de Nueva York? Era tarde para almorzar, casi las tres, y estaba bastante segura de conocer la respuesta sobre cuán aceptable sería aquel almuerzo, pero no había tenido tiempo de pedir un plato caliente ni de molestarse con el bufé de ensaladas, de comer sano o siquiera engullir algo de lo que pudiese disfrutar. Hasta el momento habían tenido quince casos, suicidios, accidentes, homicidios e indigentes que morían sin que les atendiera un médico o, más triste aún, solos.

Había empezado a trabajar a las seis de la mañana, para arrancar temprano, y a las nueve ya había terminado sus dos primeras autopsias, dejando la peor para el final: una joven con heridas y artefactos desconcertantes que requerían mucho tiempo. Scarpetta había pasado más de cinco horas con Toni Darien; había elaborado diagramas y notas meticulosamente detallados, tomado numerosas fotografías, fijado todo el cerebro en formol para llevar a cabo estudios posteriores, recogido y conservado más muestras de las habituales de fluidos y secciones de órganos y tejidos, mientras documentaba todo cuanto le era posible en un caso que resultaba extraño no por inusual, sino porque era una contradicción.

La forma y la causa de la muerte de la mujer de veintiséis años eran deprimentemente prosaicas y no había necesitado un prolongado examen post mórtem para responder a las preguntas más rudimentarias. Era un caso de homicidio debido a traumatismo por objeto contundente, un único golpe en la parte posterior del cráneo con un objeto de superficie posiblemente multicolor. Lo que no tenía sentido era todo lo demás. Cuando descubrieron su cuerpo en un extremo de Central Park, a unos nueve metros de la calle Ciento diez Este poco después del amanecer, se supuso que la noche anterior la víctima corría bajo la lluvia cuando fue agredida sexualmente y asesinada. El pantalón del chándal y las bragas estaban bajados hasta los tobillos, el forro polar y el sujetador de deporte subidos por encima del pecho. Tenía una bufanda de Polartec atada con doble nudo alrededor del cuello. A primera vista, la policía y los investigadores médico-legales de la OCME, la Oficina del jefe de Medicina

Forense, que acudieron a la escena del crimen creyeron que la habían estrangulado con una prenda de su propio atuendo.

No era así. Cuando Scarpetta examinó el cadáver en el depósito, no encontró nada indicativo de que la bufanda hubiera sido la causa de la muerte ni que siquiera hubiese contribuido a ella, ninguna señal de asfixia, ninguna reacción vital como enrojecimiento o hematoma; sólo una abrasión seca del cuello, como si le hubiesen anudado la bufanda post mórtem. Era posible, por supuesto, que el agresor la hubiese golpeado en la cabeza y en algún momento posterior la hubiese estrangulado, quizá sin advertir que ya estaba muerta. Pero, en tal caso, ¿cuánto tiempo había pasado con ella? Basándose en la contusión, la hinchazón y la hemorragia del córtex cerebral, había sobrevivido cierto tiempo, posiblemente horas. Sin embargo, había poca sangre en la escena del crimen. Sólo cuando volvieron el cuerpo advirtieron la herida en la parte posterior del cráneo, una laceración de 3,8 centímetros con hinchazón significativa pero sólo una ligera supuración de fluido de la herida; se culpó a la lluvia de la ausencia de sangre.

Scarpetta lo ponía seriamente en duda. La laceración del cuero cabelludo habría sangrado profusamente y era poco probable que una lluvia intermitente, moderada a lo sumo, hubiese lavado casi toda la sangre del cabello largo y espeso de Toni. ¿Le fracturó el cráneo su asaltante, y después pasó un largo intervalo con ella una lluviosa noche de invierno antes de anudarle una bufanda alrededor del cuello, para asegurarse de que no vivía para contarle? ¿O era la ligadura parte de un ritual sexual violento? ¿Por qué la lividez y el rígor mortis discrepaban claramente con lo que la escena del crimen parecía decir? La impresión era que la joven había muerto en el parque bien entrada la noche anterior, y a su vez parecía que llevaba muerta treinta y seis horas. Scarpetta estaba desconcertada. Quizá le daba demasiadas vueltas al caso. Quizá no pensaba con claridad, porque se sentía agobiada y tenía el azúcar bajo por no haber comido nada en todo el día salvo café, montones de café.

Llegaba con retraso a la reunión de las tres y tenía que estar

en casa a las seis para ir al gimnasio y cenar con su marido, Benton Wesley, antes de correr a la CNN, lo último que le apetecía hacer. No tendría que haber accedido a aparecer en *El informe Crispin*. ¿Por qué diantres había accedido a aparecer en directo con Carley Crispin para hablar de los cambios post mórtem en el cabello y la importancia de la microscopía y otras disciplinas de la ciencia forense, que se malinterpretaban precisamente por aquello en lo que Scarpetta se había involucrado: la industria del espectáculo? Avanzó con su almuerzo embalado por la zona de descarga, llena de cajas y cajones y material del depósito de cadáveres, carretillas de metal, carros y palés. El guardia de seguridad hablaba por teléfono detrás del plexiglás y apenas la miró cuando pasó ante él.

En lo alto de la rampa, utilizó la tarjeta que le colgaba del cuello para abrir una pesada puerta metálica y entrar en una catacumba de baldosas blancas con toques verde azulado y barandillas que parecían llevar a todas partes y a ninguna. Cuando había empezado a trabajar aquí como forense a tiempo parcial, se perdía con frecuencia, y acababa en el laboratorio de antropología en lugar del de neuropatología o el de cardio, o en el vestuario de hombres en lugar del de mujeres, o en la sala destinada a los cadáveres en descomposición en lugar de la sala de autopsias, o en una cámara frigorífica equivocada o en la escalera, o hasta en el piso equivocado cuando subía en el viejo montacargas de acero.

Pronto comprendió la lógica del trazado, lo sensato del flujo circular que empezaba en la zona de estacionamiento. Como la zona de carga y descarga, se hallaba detrás de una descomunal puerta de garaje. Cuando el equipo de transporte forense entregaba un cuerpo, se descargaba la camilla en la zona de estacionamiento y pasaba por un detector de radiación que había en la puerta. Si no se disparaba ninguna alarma que indicase la presencia de material radiactivo, como los radiofármacos utilizados en el tratamiento de algunos cánceres, la siguiente parada era la balanza donde se pesaba y medía el cuerpo. A dónde iría después dependía de su estado. Si estaba en malas condiciones o se

consideraba potencialmente peligroso para los vivos, lo trasladaban a la cámara frigorífica para cadáveres en descomposición que había junto a una sala especialmente habilitada, donde la autopsia se llevaría a cabo en aislamiento, con ventilación especial y otras medidas de protección.

Si el cuerpo estaba en buen estado, se lo llevaban por un pasillo situado a la derecha de la zona de estacionamiento, un trayecto que en ciertos puntos incluía la posibilidad de diferentes paradas, en función del estado de descomposición del cadáver: la sala de radiología, la sala de histología para la recogida de muestras, el laboratorio de antropología forense, dos cámaras frigoríficas más para cuerpos recientes pendientes de examen. El ascensor para los que tenían que identificarse arriba, armarios para las pruebas, la sala de neuropatología, la sala de patologías cardíacas, la sala de autopsias principal. Una vez se completaba un caso y el cuerpo estaba listo para la devolución, se cerraba el círculo devolviéndolo a otra cámara frigorífica de la zona de estacionamiento, que era donde ahora estaría Toni Darien, dentro de una bolsa en una gaveta.

Pero no era así. Estaba en una camilla aparcada frente a la puerta de acero inoxidable del refrigerador, donde una técnica de identificación le colocaba una sábana azul alrededor del cuello, hasta la barbilla.

—¿Qué haces? —preguntó Scarpetta.

—Ha habido cierta animación arriba. Van a verla.

—¿Quién y por qué?

—La madre está en recepción y no se marchará sin verla. No te preocupes, me haré cargo.

El nombre de la técnica era Rene; unos treinta y cinco años, cabello negro rizado, ojos de ébano y extraordinariamente dotada para tratar con las familias. Si tenía un problema con alguna, no era trivial. Rene podía desactivarlo casi todo.

—Creía que el padre la había identificado —dijo Scarpetta.

—Él ha rellenado los papeles y luego le he enseñado la fotografía que me habías descargado; eso ha pasado poco antes de que te marcharas a la cafetería. Poco después, la madre entra y

los dos empiezan a discutir en el vestíbulo, montan una gorda, y finalmente él se larga hecho una furia.

—¿Están divorciados?

—Y es evidente que se odian. Ella insiste en ver el cuerpo, no aceptará un no como respuesta —explicó Rene. Sus manos enfundadas en nitrilo morado retiraron un mechón de cabello húmedo de la frente de la muerta y colocaron varios mechones más detrás de las orejas, para que no se vieran las suturas de la autopsia—. Sé que tienes una reunión dentro de unos minutos, yo me encargo de esto.

Miró la caja de cartón que sostenía Scarpetta y añadió:

—Ni siquiera has almorzado. ¿Has comido algo hoy? Seguramente nada, como siempre. ¿Cuántos kilos has perdido? Vas a acabar en el laboratorio de antropología, confundida con un esqueleto.

—¿De qué discutían en el vestíbulo?

—De funerarias. La madre quiere una de Long Island. El padre, una de Nueva Jersey. La madre quiere entierro; el padre, incineración. Los dos peleándose por ella. —Rene tocó el cadáver de nuevo, como si formara parte de la conversación—. Han empezado a culparse mutuamente de todo lo imaginable. Era tal el escándalo que hasta ha salido el doctor Edison.

Era el jefe forense y el de Scarpetta cuando ella trabajaba en la ciudad. Aún no estaba del todo acostumbrada a que la supervisaran, pues ella había sido jefa forense o había tenido una consulta propia durante casi toda su carrera. Aunque no le gustaría estar al frente de la Oficina del jefe de Medicina Forense de Nueva York, aunque no se lo habían pedido ni era probable que lo hicieran. Dirigir una entidad de esta magnitud era como ser la alcaldesa de una metrópolis.

—Bueno, ya sabes cómo va la cosa —dijo Scarpetta—. Una disputa y el cuerpo aquí se queda. Retendremos la salida hasta que Legal diga lo contrario. ¿Has enseñado la fotografía a la madre y después qué?

—Lo he intentado, pero no ha querido ni mirarla. Dice que quiere ver a su hija y que no se irá hasta conseguirlo.

—¿Está en la sala de familiares?

—Ahí es donde la he dejado. El archivo está en tu mesa, con las copias de los papeles.

—Gracias. Echaré un vistazo cuando suba. Métela en el ascensor y yo me encargaré de todo a partir de ahí. Quizá puedas informar al doctor Edison de que me perderé lo de las tres; de hecho, ya ha empezado. Con suerte, espero verlo antes de que se marche. Él y yo tenemos que hablar de este caso.

—Se lo diré. —Rene posó las manos en el brazo de la camilla de acero—. Buena suerte en la tele esta noche.

—Dile que he descargado las fotografías de la escena del crimen, pero que no podré dictar el protocolo de la autopsia ni darle las fotografías hasta mañana.

—He visto los anuncios del programa. Son *cool*. —Rene seguía hablando de la televisión—. Pero no soporto a Carley Crispin y ¿cómo se llama ese de los perfiles psicológicos, que siempre está ahí? El doctor Agee. Estoy asqueada y harta de que hablen de Hannah Starr. Seguro que Carley te pregunta al respecto.

—La CNN sabe que no hablo de casos en activo.

—¿Crees que está muerta? Porque yo estoy segurísima. —La voz de Rene siguió a Scarpetta hasta el ascensor—. Como la chica de Aruba, ¿cómo se llamaba, Natalee? Las personas desaparecen por algún motivo... porque alguien quiere que lo hagan.

A Scarpetta se lo habían prometido. Carley Crispin no le haría eso, no se atrevería. Scarpetta no era una experta más, alguien de fuera, un invitado infrecuente, un busto parlante, razónó mientras el ascensor subía. Era la analista forense de la CNN y se había mostrado inflexible con el productor ejecutivo Alex Bachta: no hablaría, ni siquiera mencionaría a Hannah Starr, la hermosa magnate de las finanzas que se había esfumado la víspera de Acción de Gracias; la habían visto por última vez saliendo de un restaurante de Greenwich Village y subiendo a un taxi. Si había pasado lo peor, si estaba muerta y su cadáver aparecía en la ciudad de Nueva York, entraría en su jurisdicción y Scarpetta podría acabar haciéndose cargo del caso.

Salió en la primera planta, recorrió un largo pasillo hasta dejar atrás la División de Operaciones Especiales y tras cruzar otra puerta cerrada llegó al vestíbulo, decorado con sofás y butacas tapizados en burdeos y azul, mesitas, revisteros, un árbol de Navidad y una menorah en la ventana que daba a la Primera Avenida. Bajo la mesa de recepción se leía, tallado en mármol, *Taceant colloquia. Effugiat risus. Hic locus est ubi mors gaudet succurrere vitae*. «Que cese la conversación. Que huya la risa. Éste es el lugar donde la muerte se deleita en socorrer a los vivos.» En una radio del suelo, detrás de recepción, los Eagles cantaban «Hotel California». Filene, una de las guardias de seguridad, había decidido que un vestíbulo vacío era algo que podía llenar con lo que llamaba «sus canciones».

—«Puedes registrarte siempre que gustes, pero nunca marcharte» —cantaba Filene con la radio, ajena a la ironía.

Scarpetta se detuvo ante recepción.

—Hay alguien en la sala de familiares, ¿no?

—Oh, lo siento. —Filene alargó el brazo y apagó la radio—. Creía que no se oía desde aquí. Pero no importa, puedo pasar sin mis canciones. Es que estoy tan aburrída, ¿sabe? Aquí sentada, sin que pase nada.

Lo que Filene presenciaba de forma rutinaria en este lugar nunca era alegre, y probablemente era eso, más que el aburrimiento, la razón de que escuchase rock suave y optimista en cuanto tenía ocasión, tanto si trabajaba en recepción como abajo, en el depósito de cadáveres. A Scarpetta no le importaba, siempre y cuando no hubiese familiares de luto a quienes la música o las letras pudieran parecerles provocativas o irrespetuosas.

—Dile a la señora Darien que voy para allá. Necesito un cuarto de hora para comprobar unos detalles y mirar el papeleo. Déjate de canciones hasta que se haya marchado, ¿de acuerdo?

Pasado el vestíbulo, a la izquierda, se hallaba el ala administrativa que compartía con el doctor Edison, dos ayudantes de sección y la jefa de personal, que estaba de luna de miel hasta después de Año Nuevo. En un edificio de medio siglo de antigüedad sin espacio que desperdiciar, no había sitio para Scarpetta

en la tercera planta, donde los patólogos forenses que trabajaban a jornada completa tenían sus despachos. Cuando estaba en la ciudad, Scarpetta se metía en la antigua sala de conferencias del jefe, en la planta baja, con vistas a la entrada de ladrillos azul turquesa de la OCME, en la Primera Avenida.

Scarpetta abrió la puerta y entró. Colgó el abrigo, dejó la caja con el almuerzo en la mesa y se sentó ante el ordenador.

Abrió un navegador y tecleó «BioGraph» en un campo de búsqueda. En la parte superior de la pantalla apareció la frase «Quizá quiso decir: BioGraphy». No, no quería decir eso. «Biograph Records». No es lo que estaba buscando. «American Mutoscope and Biograph Company», la compañía cinematográfica más antigua de Estados Unidos, fundada en 1895 por un inventor que trabajaba para Thomas Edison, ancestro lejano del jefe forense, desconocía cuán lejano. Una interesante coincidencia. Nada para BioGraph con B mayúscula y G mayúscula, del modo en que estaba grabado en el dorso del raro reloj que Toni Darien llevaba en la muñeca izquierda cuando su cuerpo llegó al depósito por la mañana.

Nevaba copiosamente en Stowe, Vermont; copos grandes que caían pesadamente, se acumulaban en las ramas de los abetos balsámicos y los pinos albares. Los telesillas que atravesaban las Montañas Verdes eran unas finas telarañas borrosas, casi invisibles en la tormenta y sin funcionar. Nadie esquía con este tiempo, nadie hace nada que no sea quedarse en casa.

El helicóptero de Lucy Farinelli estaba atrapado en el cercano Burlington. Al menos estaba a salvo en un hangar, pero ella y la ayudante del fiscal del condado de Nueva York, Jaime Berger, pasarían cinco horas, quizá más, sin ir a ninguna parte; no antes de las nueve de la noche, cuando se suponía que la tormenta amainaría en el sur. En este punto, las condiciones meteorológicas debían volver a ser adecuadas: un techo superior a 900 metros, visibilidad de más de 8 kilómetros, vientos de noreste de hasta 30 nudos. Habían tenido un viento de cola de pesadilla de

vuelta a Nueva York, llegarían a tiempo para lo que tenían que hacer, pero Berger no estaba de humor, se había pasado el día en la otra habitación o al teléfono, sin intentar siquiera ser amable. Para ella, el mal tiempo las había inmovilizado más tiempo de lo planeado y, puesto que Lucy era la piloto, la culpa era suya. Tanto le daba que los meteorólogos se hubiesen equivocado, que lo que empezó como dos pequeñas tormentas se hubiese transformado en una sobre Saskatchewan, Canadá, para después fundirse con una masa de aire ártico y crear una especie de monstruo.

Lucy bajó el volumen del vídeo de YouTube, el solo de batería de Mick Fleetwood en «World Turning», concierto en directo de 1987.

—¿Me oyes ahora? —dijo por teléfono a su tía Kay—. La señal es bastante mala y el mal tiempo no ayuda.

—Mucho mejor. ¿Cómo va? —La voz de Scarpetta en la mandíbula de Lucy.

—De momento no he encontrado nada. Lo que me parece raro.

Lucy tenía tres MacBook encendidos, cada una de las pantallas dividida en cuadrantes que mostraban las actualizaciones del Centro Meteorológico para la Aviación, datos de búsquedas de redes neuronales, vínculos de sitios web de interés, el correo electrónico de Hannah Starr, el correo de Lucy y la grabación realizada por una cámara de seguridad del actor Hap Judd vestido de enfermero en el depósito de cadáveres del hospital Park General, antes de hacerse famoso.

—¿Estás segura del nombre? —preguntó Lucy mientras escrutaba las pantallas y su mente saltaba de una preocupación a la siguiente.

—Todo lo que sé es lo que está grabado en el acero del dorso. BioGraph. —La voz de Scarpetta, seria, apresurada, volvió a deletrearlo—. Y un número de serie. Quizá no aparezca con el software habitual de búsqueda en Internet. Como los virus. Si no sabes de antemano lo que buscas, no lo encontrarás.

—No es como el software de un antivirus. Los buscadores que utilizo no van con este tipo de software. Hago búsquedas de código abierto. No encuentro BioGraph porque no está en la

red. Nada publicado al respecto. No está en los foros ni en los blogs ni en las bases de datos ni en nada.

—Por favor, no te metas en sistemas ajenos.

—Simplemente me aprovecho de la debilidad de los sistemas operativos.

—Ya, y si una puerta trasera no está cerrada y entras en la casa de alguien, no es invadir la propiedad.

—Ninguna mención de BioGraph, o lo habría encontrado.

Lucy no iba a entrar en el debate habitual de si el fin justifica los medios.

—No veo cómo puede ser eso posible. Es un reloj muy sofisticado con un puerto USB. Tienes que cargarlo, probablemente en una base. Sospecho que es bastante caro.

—No lo encuentro si lo busco como reloj, ni como dispositivo, ni como nada. —Lucy miró los resultados que se sucedían, su búsqueda con redes neuronales revisaba una infinidad de palabras clave, textos ancla, archivos, URL, etiquetas, correos electrónicos y direcciones IP—. Busco y no encuentro nada que se acerque remotamente a lo que me describes.

—Tiene que haber algún modo de averiguar qué es.

—No es. A eso voy. No existe nada llamado reloj o dispositivo BioGraph, ni nada que encaje con lo que llevaba Toni Darien. Su reloj BioGraph no existe.

—¿Qué quieres decir con «no existe»?

—Quiero decir que no existe en Internet, dentro de la red de comunicación o, metafóricamente, en el ciberespacio. En otras palabras: a efectos prácticos, el reloj BioGraph no existe. Si veo físicamente esa cosa, sea lo que sea, es posible que lo averigüe. Sobre todo si estás en lo cierto y es una especie de dispositivo para almacenar datos.

—Eso no puedo hacerlo hasta que hayan terminado en el laboratorio.

—Mierda, no dejes que saquen los destornilladores y los martillos.

—Sólo buscan ADN, eso es todo. La policía ya ha buscado huellas. Nada. Por favor, dile a Jaime que me llame cuando

le parezca conveniente. Espero que lo estéis pasando bien. Lo siento, ahora no tengo tiempo para charlas.

—Si la veo, se lo diré.

—¿No está contigo? —sondeó Scarpetta.

—El caso de Hannah Starr y ahora esto. Jaime está ocupada, tiene muchas cosas en la cabeza. Tú sabrás, más que nadie, a qué me refiero. —Lucy no estaba interesada en hablar de su vida personal.

—Espero que su cumpleaños fuese feliz.

Lucy no quería hablar de eso:

—¿Cómo está el tiempo por ahí?

—Hace viento y frío. Nublado.

—Os llegará más lluvia, y posiblemente nieve en el norte de la ciudad —auguró Lucy—. Se habrá despejado a medianoche, porque el sistema se debilita a medida que avanza hacia allí.

—Vosotras os quedaréis donde estáis, espero.

—Si no saco el helicóptero, Jaime saldrá a buscar un trineo de perros.

—Llámame antes de salir y ten cuidado, por favor. Tengo que irme, voy a hablar con la madre de Toni Darien. Te echo de menos. ¿Cenamos un día de éstos?

—Fijo.

Lucy colgó el teléfono y volvió a subir el volumen de YouTube, Mick Fleetwood de nuevo a la batería. Con ambas manos en los MacBook, como si tocara su propio solo de teclados en un concierto de rock, seleccionó otro parte meteorológico y un correo que acababa de aterrizar en la bandeja de entrada de Hannah Starr. La gente era muy rara. ¿Si sabes que una persona ha desaparecido y puede estar muerta, por qué le sigues mandando correos? Lucy se preguntó si Bobby Fuller, el marido de Hannah Starr, era tan estúpido que ni se le ocurría que el Departamento de Policía de Nueva York y la Oficina del Fiscal del Distrito estaban controlando el correo electrónico de Hannah, o que habían contratado a un informático forense, como ella misma, para que lo hiciera. Durante las últimas tres semanas, Bobby había enviado mensajes diarios a su mujer desaparecida.

Quizá sabía exactamente lo que hacía, quería que los agentes de la ley viesen que escribía a su *bien-aimée*, su *chouchou*, su *amore mio*, el amor de su vida.

De: Bobby Fuller

Enviado: Jueves, 18 de diciembre, 15.24

Para: Hannah

Asunto: Non posso vivere senza di te

Mi pequeña:

Espero que estés a salvo en algún lugar, y que leas esto. Las alas de mi alma llevan mi corazón y te encontrarán estés donde estés. No lo olvides. No puedo comer ni dormir. B.

Lucy comprobó la dirección IP y la reconoció de inmediato. El piso de Bobby y Hannah en el norte de Miami Beach, donde él languidecía mientras se ocultaba de los medios en un entorno palaciego que Lucy conocía demasiado bien; de hecho, había estado en ese mismo piso con la ladrona que tenía por esposa, no hacía mucho. Siempre que Lucy veía un correo de Bobby e intentaba meterse en su cabeza, se preguntaba cómo se sentiría él realmente, si creyese que Hannah estaba muerta.

O tal vez sabía que Hannah estaba muerta, o que no lo estaba. Quizá sabía exactamente lo que le había sucedido porque estaba involucrado. Lucy no tenía ni idea, pero cuando intentaba ponerse en el lugar de Bobby, no lo conseguía. A Lucy sólo le importaba que Hannah había cosechado lo que había sembrado, o que lo haría, más temprano que tarde. Se merecía todo lo malo que le pasara, había desperdiciado el tiempo y el dinero de Lucy y ahora le robaba algo más precioso aún. Tres semanas de Hannah. Nada con Berger. Incluso cuando Berger y Lucy estaban juntas, estaban separadas. Lucy estaba asustada. Estaba furiosa. A veces se sentía capaz de hacer algo terrible.

Reenvió el último correo de Bobby a Berger, a la que oía caminar en la otra habitación. El sonido de sus pies en la madera.

Lucy se interesó en la dirección de un sitio web que había empezado a centellear en el cuadrante de uno de los MacBook.

—¿Y ahora en qué andamos? —preguntó a la sala vacía de la casa rural que había alquilado como escapada sorpresa para el cumpleaños de Berger, un establecimiento de cinco estrellas con conexión inalámbrica de alta velocidad, chimeneas, colchones de pluma y sábanas de ochocientos hilos. El retiro había tenido de todo, menos lo que se pretendía: intimidad, romance, diversión, y Lucy culpaba a Hannah, culpaba a Hap Judd, culpaba a Bobby, culpaba a todos. Lucy se sentía perseguida por ellos y no deseada por Berger.

—Esto es ridículo —Berger dijo al entrar, refiriéndose al mundo que había al otro lado de sus ventanas, todo blanco, sólo las siluetas de los árboles y los perfiles de los tejados entre la nieve que caía en velos—. ¿Llegaremos a salir de aquí?

—Vaya, ¿qué es esto? —murmuró Lucy, entrando en un vínculo.

Una búsqueda por dirección IP había encontrado algo en un sitio web del Centro de Antropología Forense de la Universidad de Tennessee.

—¿Con quién hablabas?

—Mi tía. Ahora hablo conmigo misma. Tengo que hablar con alguien.

Berger hizo caso omiso de la indirecta, no iba a disculparse por lo que no podía evitar. No era culpa suya que Hannah Starr hubiese desaparecido y que Hap Judd fuese un perverso que quizás ocultase información y, por si no era suficiente, la noche anterior habían violado y asesinado a una mujer que corría por Central Park. Berger quiso decirle a Lucy que debía ser más comprensiva y menos egoísta, que tenía que crecer y dejar de ser insegura y de exigir atención.

—¿Podemos pasar de la batería?

Las migrañas de Berger habían vuelto. Las sufría a menudo.

Lucy salió de YouTube y la sala quedó en silencio, sin más sonido que el fuego a gas de la chimenea:

—Más del mismo rollo enfermo.

Berger se puso las gafas y se inclinó para mirar. Olía a aceite de baño Amorvero, no llevaba maquillaje y no lo necesitaba. Tenía despeinado el corto cabello oscuro y estaba de lo más sexy con un chándal negro y nada debajo, la chaqueta con la cremallera bajada que dejaba mucho escote a la vista; no es que Berger pretendiese nada. Lucy no sabía lo que Berger pretendía o dónde estaba últimamente, pero no estaba presente, al menos no emocionalmente. Lucy quiso abrazarla, mostrarle lo que solía haber entre ellas, cómo eran antes las cosas.

—Está mirando el sitio web de la granja de cuerpos y dudo que sea porque piensa matarse y donar su cadáver a la ciencia—dijo Lucy.

—¿De quién hablas?

Berger leyó lo que aparecía en la pantalla de un MacBook, un formulario con el encabezamiento:

Centro de Antropología Forense
Universidad de Tennessee, Knoxville
Cuestionario para la donación del cuerpo

—Hap Judd —respondió Lucy—. Su dirección IP lo relaciona con este sitio web porque acaba de utilizar un nombre falso... Espera, veamos qué pretende el tipejo. Sigamos su rastro... A esta pantalla de aquí. —Abrió páginas web—. Venta de software FORDISC. Un programa informático interactivo que funciona con Windows. Clasifica e identifica restos de esqueletos. Este tío es un morbosos. No es normal. Te lo aseguro, gracias a él encontraremos algo.

—Seamos sinceras. Gracias a él encontrarás algo porque lo estás buscando —dijo Berger, como dando por supuesto que Lucy no era sincera—. Intentas encontrar pruebas de lo que tú percibes que es el crimen.

—Encuentro pruebas porque él las va dejando —replicó Lucy. Llevaban semanas sin discutir de Hap Judd—. No sé por qué eres tan reticente. ¿Crees que me estoy inventando todo esto?

—Quiero hablar con él de Hannah Starr y tú quieres crucificarlo.

—Tienes que meterle miedo en el cuerpo si quieres que hable. Sobre todo si está presente un maldito abogado. Y yo he conseguido esa entrevista, te he dado lo que quieres.

—Si conseguimos salir de aquí y si él se presenta. —Berger se apartó de la pantalla—. Quizás en su próxima película tenga que interpretar a un antropólogo, un arqueólogo, un explorador. Algo como *En busca del arca perdida* o una de esas películas de momias con tumbas y maldiciones ancestrales.

—Ya. Sigue el Método, inmersión total en su próximo personaje retorcido, escribe otro de sus patéticos guiones de mierda. Ésa será su coartada cuando vayamos a por él por lo de Park General y sus extraños intereses.

—No «iremos» a por él. Yo iré. Tú no harás nada, salvo mostrarle lo que has encontrado en tus búsquedas informáticas. Marino y yo nos encargaremos de la charla.

Lucy ya lo hablaría después con Marino, cuando no hubiera peligro de que Berger oyese su conversación. Marino no sentía respeto alguno por Hap Judd y seguro que no le tenía ningún miedo. Marino no tenía reparos en investigar a alguien famoso o encerrarlo. Berger parecía intimidada por Judd y Lucy no lo comprendía. Nunca había visto a Berger intimidada por nadie.

Lucy la atrajo y la sentó en sus rodillas:

—Ven aquí. ¿Qué te pasa? —Le acarició la espalda, deslizó las manos por debajo de la chaqueta del chándal—. ¿Qué te tiene tan asustada? Va a ser una noche muy larga. Debemos hacer una siesta.

Grace Darien tenía el cabello largo y oscuro, y la misma nariz respingona y labios carnosos de su hija. Vestía un abrigo de lana roja abrochado hasta la barbilla, parecía pequeña y lastimosa de pie ante la ventana que daba a la negra valla de hierro y al ladrillo cubierto de enredadera muerta de Bellevue. El cielo tenía el color del plomo.

—¿Señora Darien? Soy la doctora Scarpetta.

Scarpetta entró en la sala de familiares y cerró la puerta.

—Quizá sea un error. —La señora Darien se apartó de la ventana. Le temblaban mucho las manos—. No dejo de pensar que no puede ser cierto. No puede ser. Es otra persona. ¿Cómo lo saben con seguridad?

Se sentó ante la mesita de madera próxima al dispensador de agua, con el rostro aturdido e inexpresivo y un brillo aterrado en los ojos.

—Hemos llevado a cabo la identificación preliminar de su hija basándonos en los efectos personales recuperados por la policía. —Scarpetta tomó una silla y se sentó frente a ella—. Su ex marido también ha mirado la fotografía.

—La que le han hecho aquí.

—Sí. Por favor, permítame que le diga cuánto lo siento.

—¿A él se le ocurrió mencionar que sólo la ve una o dos veces al año?

—Compararemos el historial dental y haremos pruebas de ADN si es necesario.

—Puedo anotar los datos de su dentista. Todavía va al mío.

—Grace Darien rebuscó en el bolso y un pintalabios y el maquillaje repiquetearon en la mesa—. El detective con quien hablé cuando llegué a casa y oí el mensaje. No recuerdo el nombre, una mujer. Luego llamó otro detective. Un hombre. Mario, Marinaro.

Le tembló la voz y reprimió las lágrimas mientras sacaba un cuadernito y un bolígrafo.

—¿Pete Marino?

La señora Darien garabateó algo y arrancó la hoja, las manos torpes, con un temblor incontrolable.

—No sé el teléfono del dentista de memoria. Aquí están su nombre y dirección. —Tendió el papel a Scarpetta—. Marino. Eso creo.

—Es detective del Departamento de Policía de Nueva York y está asignado a la oficina de la fiscal auxiliar del distrito Jaime Berger. Será su oficina la que se hará cargo de la investigación criminal.

Scarpetta metió la nota en la carpeta que Rene le había dejado.

—Dijo que entrarían en el apartamento de Toni a llevarse su cepillo dental y el del cabello. Seguramente ya los tendrán, no lo sé, no he sabido nada más. —La señora Darien continuó con voz entrecortada y temblorosa—. La policía habló primero con Larry porque yo no estaba en casa. Había llevado el gato al veterinario. Tuve que sacrificar al gato, ya ve qué mal momento. Eso es lo que hacía cuando intentaban localizarme. El detective del fiscal del distrito dijo que usted podría sacar el ADN de mi hija de las cosas que había en su apartamento. No comprendo cómo puede estar tan segura de que se trata de ella, si todavía no ha hecho esas pruebas.

Scarpetta no tenía dudas de la identidad de Toni Darien. Su carné de conducir y las llaves del apartamento estaban en un bolsillo del forro polar que llegó con el cuerpo. Las radiografías post mórtem mostraban fracturas curadas de la clavícula y el brazo derecho, lesiones antiguas que coincidían con las sufridas por Toni cinco años antes, cuando un coche chocó con su bicicleta, según la información del Departamento de Policía de Nueva York.

—La advertí sobre lo de hacer *jogging* en la ciudad —decía la señora Darien—. La advertí muchas veces, aunque ella nunca iba a correr de noche. Y no comprendo por qué correría bajo la lluvia, sobre todo si hacía frío. Creo que ha habido un error.

Scarpetta le acercó una caja de pañuelos de papel y respondió:

—Me gustaría hacerle unas preguntas, comprobar algunas cosas antes de verla. ¿Le parece bien? —Después de ver a su hija, Grace Darien no estaría en condiciones para hablar—. ¿Cuándo fue la última vez que tuvo contacto con su hija?

—El martes por la mañana. No puedo decirle la hora exacta, pero sería a eso de las diez. La llamé y charlamos un rato.

—Hace dos mañanas, la del 16 de diciembre.

La señora Darien se enjugó los ojos.

—Sí.

—¿Nada desde entonces? ¿Ninguna llamada, o mensaje de voz, o correo electrónico?

—No hablábamos ni nos enviábamos correos a diario, pero me mandó un mensaje de texto. Puedo mostrárselo. —Buscó en el bolso—. Tendría que habérselo dicho al detective, supongo. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Marino.

—Me preguntó por el correo electrónico de Toni, porque dijo que tendrían que examinarlo. Le di la dirección, pero claro, no sé la contraseña. —Rebuscó el teléfono, las gafas—. La llamé el martes por la mañana para preguntarle si quería pavo o jamón. Para Navidad. No quería ni lo uno ni lo otro. Dijo que traería pescado y respondí que ya compraría yo lo que ella quisiera. Fue sólo una conversación normal, sobre todo hablamos de eso, pues sus dos hermanos venían a casa. Todos juntos, en Long Island. Ahí es donde vivo, en Islip. Soy enfermera del Hospital de la Misericordia. —Tenía el teléfono en la mano y las gafas puestas. Bajaba el cursor con manos temblorosas. Finalmente le dio el teléfono a Scarpetta—: Eso es lo que envió anoche.

Sacó más pañuelos de la caja. Scarpetta leyó el mensaje de texto:

Remitente: Toni

Intento sacar días libres pero Navidad es una locura. Necesito q me sustituyan y nadie quiere sobre todo por el horario. Besos

917-555-1487

Recibido: miér 17 dic 20.07

—¿Y este número 917 es el de su hija?

—Su móvil.

—¿Puede explicarme a qué se refiere en el mensaje?

Scarpetta se aseguraría de que Marino recibiera la información.

—Trabaja noches y fines de semana e intentaba que alguien la sustituyera para poder tener más tiempo libre en las vacaciones. Vienen sus hermanos.

—Su ex marido ha dicho que trabajaba de camarera en la Cocina del Infierno.

—Él lo diría así, como si ella se dedicase a pasar chocolate o a darle la vuelta a unas hamburguesas. Trabaja en el salón de High Roller Lanes, un lugar muy agradable, de mucha categoría, no es la típica bolera. Algún día Toni quiere abrir su propio restaurante en algún gran hotel de Las Vegas, o París, o Montecarlo.

—¿Trabajaba anoche?

—No suele trabajar los miércoles. Suele librar de lunes a miércoles y luego trabaja muchas horas de jueves a sábado.

—¿Sus hermanos saben lo sucedido? No me gustaría que se enterasen por las noticias.

—Seguramente Larry se lo habrá dicho. Yo habría esperado. Quizá no sea cierto.

—Queremos tener en consideración a cualquiera que no deba enterarse de lo sucedido por las noticias —dijo Scarpetta con toda la suavidad de la que era capaz—. ¿Hay algún novio? ¿Alguien importante?

—Bueno, me lo he preguntado. En septiembre visité a Toni en su apartamento y tenía en la cama un montón de peluches y muchos perfumes y cosas así, y me salió con evasivas acerca de dónde habían salido. Y en Acción de Gracias enviaba mensajes de texto continuamente, feliz un momento, de mal humor el siguiente. Ya sabe cómo se comporta la gente cuando está preñada de alguien. Y sé que en el trabajo conoce a mucha gente, muchos hombres atractivos e interesantes.

—¿Es posible que se franquease con su padre? ¿Que le contase que tenía novio, por ejemplo?

—No eran íntimos. Lo que usted no comprende es por qué Larry hace esto, qué es lo que pretende en realidad. Todo lo hace para vengarse de mí y para que todos crean que es un buen padre en lugar de un borracho, un jugador compulsivo que abandonó a su familia. Toni nunca hubiera querido que la incinerasen y, si ha pasado lo peor, utilizaré la funeraria que se hizo cargo de mi madre, Levine e Hijos.

—Me temo que hasta que usted y su marido no se pongan de

acuerdo sobre cómo disponer de los restos de Toni, la OCME no puede entregársela.

—No pueden escucharle a él. Abandonó a Toni cuando era un bebé. ¿Por qué alguien tendría que escucharle?

—La ley exige que una disputa como la suya esté resuelta, si es necesario en los juzgados, para que podamos entregarle el cuerpo. Lo siento. Sé que lo último que le hace falta ahora es frustración y más disgustos.

—Qué derecho tiene a aparecer de pronto después de veintitantos años y hacer exigencias, pedir las cosas personales de Toni. Discutir conmigo en el vestíbulo y decir a esa chica que quería las pertenencias de Toni, todo lo que llevase encima cuando llegó aquí, y quizá ni siquiera es ella. ¡Decir esas cosas horribles, crueles! Estaba borracho y miró una fotografía. ¿Van a fiarse de eso? Oh, Dios. ¿Qué es lo que voy a ver? Dígamelo, para saber a qué atenerme.

—La causa de la muerte de su hija es traumatismo por un objeto contundente que le fracturó el cráneo y le lesionó el cerebro —explicó Scarpetta.

—Alguien le golpeó en la cabeza —dijo la señora Darien. Se le quebró la voz y rompió a llorar.

—Sufrió un grave golpe en la cabeza. Sí.

—¿Cuántos? ¿Sólo uno?

—Señora Darien, tengo que advertirle desde el principio que cualquier cosa que le diga es confidencial y que es mi deber ser cauta y sensata respecto a lo que usted y yo hablamos en estos momentos. Es de suma importancia que no se filtre nada que pueda ayudar al agresor de su hija a salir impune de este crimen horrible. Espero que lo comprenda. Una vez haya finalizado la investigación policial, puede pedir cita conmigo y mantendremos una conversación tan detallada como usted desee.

—¿Toni corría anoche, bajo la lluvia, en el norte de Central Park? Para empezar, ¿qué hacía allí? ¿Alguien se ha molestado en preguntarse eso?

—Todos nos hacemos muchas preguntas y, por desgracia, de momento no tenemos muchas respuestas. Pero, por lo que

sé, su hija vive en el Uppper East Side, en la Segunda Avenida. A unas veinte manzanas de donde se la encontró, lo que no está demasiado lejos para una buena corredora.

—Pero era en Central Park cuando ya había oscurecido. Era cerca de Harlem cuando ya era de noche. Toni nunca correría por una zona así, de noche. Y odiaba la lluvia. Odiaba pasar frío. ¿Alguien la siguió? ¿Toni se resistió? Oh, Dios mío.

—Le recuerdo lo que le he dicho de los detalles, la precaución con la que ahora hay que proceder. Puedo decirle que no observamos signos evidentes de forcejeo. Parece que a Toni la golpearon en la cabeza, lo que le provocó una gran contusión y una copiosa hemorragia interna, lo que indica un periodo de supervivencia lo bastante prolongado para dar lugar a una respuesta tisular significativa.

—Pero no estaba consciente.

—Los hallazgos indican cierto margen de supervivencia, pero no, no estuvo consciente. Quizá no se enteró de nada de lo que sucedió, del ataque. No lo sabremos con certeza hasta tener los resultados de las pruebas. —Scarpetta abrió la carpeta, extrajo el formulario del historial sanitario y lo colocó ante la señora Darien—. Su ex marido lo ha rellenado. Le agradecería que lo comprobase.

Los papeles temblaron en las manos de la señora Darien mientras los revisaba.

—Nombre, dirección, lugar de nacimiento, nombre de los padres. Por favor, hágame saber si tenemos que corregir algo —dijo Scarpetta—. ¿Tenía la tensión alta, diabetes, hipoglucemia, trastornos mentales... estaba embarazada, por ejemplo?

—Él ha marcado «no» a todo. ¿Qué demonios sabrá él?

—¿Ni depresión, ni mal humor, ni ningún cambio en su conducta que le pareciese fuera de lo común? —Scarpetta pensaba en el reloj BioGraph—. ¿Tenía problemas para dormir? ¿Algo, cualquier cosa, diferente del pasado? Ha dicho que últimamente no estaba del todo bien.

—Quizás algún problema con un novio o en el trabajo, así como está la economía. Han despedido a algunas de las chi-

cas con quienes trabaja. Tiene sus días de mal humor, como todo el mundo. Sobre todo en esta época del año. No le gusta el invierno.

—¿Alguna medicación, que usted sepa?

—Sólo cosas sin receta, vitaminas. Toni se cuida mucho.

—Me interesaría saber quién es su médico de cabecera, sus médicos en general. El señor Darien no ha rellenado esa parte.

—Él qué va a saber. Nunca le han llegado las facturas. Toni vive por su cuenta desde la universidad y no estoy segura de quién era su médico. Nunca se pone enferma, tiene más energía que nadie. Siempre está en marcha.

—¿Sabría decirme si solía llevar alguna joya en concreto? Tal vez anillos, una pulsera, un collar que no solía quitarse?

—No lo sé.

—¿Y un reloj?

—No creo.

—¿Algo que parece un reloj digital deportivo de plástico negro? ¿Un reloj negro, grande? ¿Eso le resulta familiar?

La señora Darien negó con la cabeza.

—He visto relojes parecidos en personas relacionadas con investigaciones científicas. Y en su profesión, seguro que también los ha visto. Relojes que son monitores cardíacos, o que llevan personas con trastornos del sueño, por ejemplo —insistió Scarpetta.

Una expresión esperanzada en los ojos de la señora Darien.

—¿Y lo que me ha dicho de Toni, cuando la vio el día de Acción de Gracias? —preguntó Scarpetta—. Quizá llevase un reloj como el que le he descrito.

—No. —La señora Darien negó con la cabeza—. A eso me refiero. Quizá no sea ella. Nunca la he visto llevar nada parecido.

Scarpetta le preguntó si quería ver el cuerpo y ambas se levantaron y se dirigieron a la habitación vecina, pequeña y vacía, con sólo unas pocas fotografías panorámicas de Nueva York en las paredes color verde claro. La ventana de observación llegaba aproximadamente a la altura de la cintura, como la altura de

un ataúd sobre unas andas, y al otro lado había una pantalla de acero; en realidad, las puertas del ascensor que había subido el cuerpo de Toni del depósito.

—Antes de abrir la pantalla, quiero explicarle lo que va a ver. ¿Quiere sentarse en el sofá?

—No. No, gracias. Me quedaré de pie. Estoy lista.

Tenía los ojos muy abiertos y asustados y respiraba con rapidez.

—Voy a pulsar un botón. —Scarpetta señaló un panel de tres botones en la pared, dos rojos y uno negro, viejos botones de ascensor—. Y, cuando la pantalla se abra, el cuerpo estará aquí mismo.

—Sí. Lo comprendo. Estoy lista.

Apenas podía hablar de lo asustada que estaba. Temblaba como si sintiera un frío glacial y respiraba con rapidez, como si acabase de realizar un esfuerzo físico.

—El cuerpo está en una camilla dentro del ascensor, al otro lado de la ventana. La cabeza estará aquí, a la izquierda. El resto está tapado.

Scarpetta pulsó el botón negro de arriba y las puertas de acero se abrieron con un seco sonido metálico. Al otro lado del plexiglás rayado, Toni Darien estaba amortajada en azul, el rostro pálido, los ojos cerrados, los labios sin color y el largo cabello negro todavía mojado por el lavado. Su madre presionó las manos contra la ventana. Abrazándose, empezó a gritar.